

# ISABEL DE LA TRINIDAD: “COMO SI VIERA AL INVISIBLE”<sup>[1]</sup>

Por M<sup>a</sup> del Puerto Alonso Fernández, ocd

Publicado en [Revista de Espiritualidad](#), nº 259 (2006) 233-264

«‘Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y creído en él’ (1 Jn. 4,16). En esto consiste el grande acto de nuestra fe; es el medio de dar a Dios amor por amor; es ‘el secreto escondido’ en el corazón del Padre de que habla San Pablo, en el que nosotros penetramos al fin, con estremecimiento de toda nuestra alma (Col. 1,26). Cuando ella [el alma] sabe creer en este ‘demasiado amor’ (Ef. 2,4) para con ella, se puede decir, como se dice de Moisés: ‘Perseveró firme en su fe como si hubiera visto al Invisible’ (Heb. 11, 27). Tal alma no se detiene en los consuelos o sentimientos; le importa poco sentir a Dios o no sentirle, si le da alegría o sufrimiento: ella cree en su amor. Cuanto más probada es, más crece su fe, porque ella pasa por encima de todos los obstáculos para ir a reposarse en el seno del Amor infinito, que no puede hacer sino obras de amor. A esta alma, siempre alerta en su fe, la voz del Maestro puede decirle en su secreto íntimo la palabra que un día dirigió a María Magdalena: ‘Vete en paz, tu fe te ha salvado’ (Lc. 7, 50)»<sup>[2]</sup>

La mujer que escribía estas bellas palabras sobre la fe era Isabel Catez Rolland, conocida internacionalmente como Sor Isabel de la Trinidad. Una joven de 26 años, carmelita descalza, que estaba en esos momentos en la enfermería de su convento. Casi no le sostenían los pies, su estómago no le admitía prácticamente ningún alimento, sabía que estaba enferma de muerte. Era el mes de agosto y moriría en menos de tres meses. Para quien no la conozca, saber que esto lo escribía a principios del siglo pasado (en 1906) una mujer casi sin formación académica, será cuando menos sorprendente. En este breve párrafo se ven claramente varias de las características proféticas de esta mujer en las que iremos ahondando: su escucha de la Palabra de Dios (especialmente las cartas de San Pablo) que encarna en sí, su vivencia profunda de fe, esperanza y amor; su amor al Maestro: Jesús.

Ella forma parte de esta “nube de testigos”<sup>[3]</sup> que, “corriendo con constancia en la carrera”<sup>[4]</sup>, tuvo “los ojos fijos en Jesús, autor y perfeccionador de la fe”<sup>[5]</sup>. Cuando ella comprendió la gravedad de su enfermedad, necesitó dejar un legado a las personas que amaba, y éste fue el legado que quiso dejar, su tesoro más precioso: su fe.

## ¿Creer en qué?

En una época como la que nos toca vivir, en la que domina el sincretismo religioso y en la que el materialismo parece el rey de la sociedad, es fácil preguntarse qué se puede decir hoy de la fe, qué importancia puede tener para el ser humano del siglo XXI.

Lo primero de todo, pues, es saber qué es la fe. La palabra “fe”, junto con la palabra “amor”, es una de las más manipuladas y malentendidas. Muchas

veces se asocia con su antítesis: fanatismo religioso, negación de la razón, etc[6]. Así que ¿de qué fe estamos hablando?.

El término “fe” ya era importante en la tradición grecolatina y es esencial en la bíblica (ambas fuentes de nuestra cultura occidental). En el mundo grecolatino la fe, como confianza en la palabra del otro, se consideraba el fundamento de las relaciones comerciales, sociales y políticas. A su vez, la fe bíblica es ante todo confianza, seguridad fundada en la fidelidad de Quien me habla. Implica la interpretación mediante la palabra y enlaza con la concepción hebrea de verdad.[7]

La estructura de la fe teologal y la de la fe humana es la misma; en ambos casos tenemos una relación interpersonal. ¿Tiene sentido hablar de fe, sin otra persona en quien creer? La fe es aceptación del otro.[8] La fe es, fundamentalmente, una actitud humana, personal. Es parte de la ontología del hombre y la mujer. Es cuestión de relación, de comunicación: escuchar, acoger, responder. Y forma parte de nuestra afectividad. Creer en alguien es adherirse a él con el corazón, con la mente o (mejor todavía) con las dos, es identificación. Creer en el otro exige una salida de sí mismo, para confiar[9]. Es un salto al vacío. Y esto se da en la amistad, en la pareja, en la familia. Es una base indispensable para el crecimiento pleno y el desarrollo integral de la persona, ser relacional. Tener en quien creer, tener quien crea en ti, forma seres humanos completos y felices, que han entrado en la gratuidad.

Sin embargo, consultando en el diccionario de la Real Academia Española encontramos que “Fe”, como término religioso, es “la primera de las tres virtudes teologales: luz y conocimiento sobrenatural con que sin ver se cree lo que Dios dice y la Iglesia propone”. En 2º término “conjunto de creencias de alguien, de un grupo o de una multitud de personas”. Y tan sólo en 5º lugar, y ya al margen de término religioso, encontramos la siguiente definición: “Confianza, buen concepto que se tiene de una persona o cosa. Tener FE en el médico”[10]. En el diccionario de María Moliner sin embargo, enseguida se relaciona con la palabra “confianza”[11].

Por tanto, la fe de la que estamos hablando, la fe de la que (como veremos) vivió Sor Isabel, no es cuestión de conceptos, ni de ideas. No es creer en “algo”, sino en “Alguien”. Por lo tanto, no se trata de “¿creer en qué?” sino de “¿creer en Quién?”. Y es una forma de vivir, una transformación de toda la persona, un prisma distinto con el que ver toda la vida, desde lo más sencillo y ordinario hasta lo más sublime. Y es algo que realiza en plenitud al ser humano, un grito de nuestro corazón: necesitamos creer.

## Fe en crecimiento

Isabel Catez Rolland nace en el campo de Avor, Francia, el 18 de julio de 1880 y es bautizada el 22 de julio en la capilla del campamento militar. Es fruto de una familia y una época concreta, que influirá en su modo de entender la fe. Ella es hija y nieta de militares, lo que se notará en su carácter enérgico desde la infancia. Tuvo tan sólo una hermana: Margarita (Guita), dos años y medio menor que ella. Su madre era una mujer sociable y sensible, que ya había pasado el dolor del fallecimiento de su primer novio en la guerra. Era una mujer

recta, exigente, profundamente creyente y que llegó a pensar en ser religiosa. Pero su fe tenía bastante influencia jansenista y sufre periódicamente de escrúpulos.

Cuando Isabel tiene 7 años, dos acontecimientos marcan su vida: la muerte de su abuelo materno y la de su padre. Le influyen no sólo por lo que afectivamente cambió su vida esta ausencia de la figura paterna, sino también por su nueva situación económica que hará que su madre cambie de domicilio a la calle Prieur-de-la-Côte-d'Or. Desde su balcón Isabel verá a las monjas trabajar en la huerta[12] y oirá las campanas tocando a la oración. A los 7 años también se da un acontecimiento importante: su primera confesión, que la determina a trabajar su irascibilidad. Según la pequeña Isabel va adentrándose en lo que es la fe en Dios, va sintiendo esa exigencia interior a transformarse. Así se lee en la carta que escribe a su madre a final de 1889: «Voy a ser una niña amable, paciente, obediente, aplicada y que no se enfada nunca... Primero, porque siendo la mayor debo dar ejemplo a mi hermanita. No le llevaré la contraria. En fin, seré una niña modelo y tú podrás decir que eres la más feliz de las madres. Y como espero que pronto tendré la dicha de hacer mi primera Comunión, seré todavía más buena, pues pediré a Dios que me haga mejor»[13]

Sigue el catecismo como una niña más de su época. Pero el día de su primera comunión, marca su vida profundamente. Según el testimonio de su amiga María Luisa Hallo, ella confesó: “No tengo hambre, Jesús me ha alimentado”. [14] Pero no es el único gran acontecimiento de ese día. Por la tarde va a visitar a las Carmelitas cuyo convento está tan cerca de su casa y la priora, María de Jesús, le explica que su nombre Elisabeth (Isabel), significa: “Casa de Dios”; que ese día ella ha sido su morada y que puede serlo siempre: Que Dios la habita. Este es un principio totalmente teresiano. Santa Teresa de Jesús decía a sus monjas que no se imaginasen “huecas en su interior”[15], que Dios les habitaba. La pequeña Isabel comprendió esta verdad profundamente y comenzó a hacerla vida. Muchos años después, siendo ya carmelita, en una carta a esta priora (que estaba en Paray-le-Monial)[16] le recuerda este acontecimiento: «¡Oh, mi buena Madre! Ruegue un poco para que la pequeña ‘casa de Dios’ esté siempre llena, habitada por los Tres. Pídale que no viva yo, sino que Él viva en mí (Gal. 2, 20)» «Oh, mi buena Madre, pensar que tenemos nuestro cielo en nosotros, ese cielo del que siento a veces la nostalgia... En la espera, vivo en el amor, allí me sumerjo, me pierdo; es el infinito» «Pero usted conoce el alma de su Isabel, por la que tanto ha hecho. Ella no olvida todo esto.»[17]

Efectivamente, tras su primera comunión los testimonios afirman que su amor por Jesús la va transformando. Entonces “aprende a olvidarse de sí misma por Jesús, por los otros. Sus arrebatos de cólera son vividos y vencidos dentro de sí. Se siente atraída por Jesús. Le gusta rezar”[18]. Isabel entró casi por instinto en una relación afectiva con Dios. Un día una amiga de su madre, sorprendida de ver una chiquilla tantos ratos en la iglesia le preguntó: “¿Qué tenéis que decir todos los días a Dios?”. Y ella respondió: “¡Oh, señora, nos amamos!”[19]. Aunque a los 13 años pasa por una fase de escrúpulos, probablemente animada por el tipo de catequesis impartida en aquella época.

Esta es la formación en la fe que va recibiendo la niña Isabel. Una

formación en conceptos (por medio de las catequesis, sermones, la familia), pero también en un tipo de Dios algo terrible que no es el que ella va experimentando. El Dios que ella experimenta es un Dios cada vez más todo amor y esto no le hace entrar en conflicto con esos conceptos (de temas como Dios Trino, la Eucaristía, los sacramentos, etc.), sino muy al contrario. Su experiencia de Dios en realidad, le acerca más al verdadero Dios de la fe. Así a los 17 y 18 años es una jovencita muy piadosa, pero al tiempo alegre, sociable, sensible, muy dotada para la amistad y con una inclinación grande hacia lo artístico: la música, el campo, los paisajes. Todo le acerca a Dios, a través de todo le vive y percibe. Como una joven enamorada, disfruta de la vida y todo le recuerda al Amado[20]. Porque entretanto, este encuentro de amor con su Dios, le ha hecho sentir el deseo de una respuesta, la llamada a una vocación de vivir para Él.

### **Luces y sombras.**

Afortunadamente se conserva gran parte de los diarios y apuntes de Isabel anteriores a su entrada en el convento. En ellos se lee algo de su experiencia de Dios, y aquello que pudo influirle en su modo de vivir y entender la fe. Pero se ve más aún: cómo pudo superar un modo de entender y vivir a Dios y la vida en general. Así, de las misiones de 1899 y 1900 tenemos sus resúmenes de lo que hablaron los predicadores; entre ellos temas como: Creados a imagen de Dios, La oración, la vida, la eternidad, la vanidad de lo terrestre, la penitencia, el pecado, la confesión, la muerte, el juicio, la impureza, las ocasiones peligrosas, la misericordia divina, la Eucaristía... Si tras leer estos apuntes se busca en sus obras sus últimos escritos - tan sólo 6 ó 7 años después - el contraste es abrumador: *El cielo en la fe, la grandeza de nuestra vocación, déjate amar y últimos ejercicios*, lo mismo que en sus cartas, poemas, etc. En ellos no aparece ni sombra de la moralización y sensiblería de la que ella fue testigo. Ahora hay una gran vivencia interior y una gran exigencia de amor.

El moralismo de esa época era fruto de la influencia jansenista que todavía assolaba Francia. El jansenismo comenzó a tener influencia en la Iglesia a mediados del siglo XVII[21] y se puede decir que entonces ya estaba en decadencia. Quedaban, fundamentalmente en Francia, restos incluso en buenos católicos de una moralización extrema. Éstos no se sentían dignos de relacionarse con Dios (especialmente de comulgar) o tenían una visión pesimista del hombre y del mundo.

Isabel tenía una muy buena memoria, con la que reproducía la esencia de los sermones de la época. Temas que por el título podrían parecer interesantes y bonitos, tenían un enfoque más bien negativo[22]. Las emociones y sensaciones eran muy importantes, y se trataba de provocar en los fieles las lágrimas, la compunción. Cuanto más sensible, mayor se consideraba el éxito[23]. Isabel, hija de su tiempo y mujer apasionada[24] también entra en este modo de entender la fe.

Santa Teresita, contemporánea de Sor Isabel y, por lo tanto, también influenciada por este jansenismo, fue la cura total de la espiritualidad jansenista. Isabel será una de las primeras afortunadas que asimilará su

doctrina de confianza y abandono en Dios. Es importante para situarnos en el contraste de la fe que vive posteriormente Isabel, entrar a fondo en ese contexto que le rodeó, tan lejano afortunadamente, del nuestro.

El día 6 de marzo de 1899 apuntando lo dicho en la misión sobre el tema “Creados a imagen de Dios” describe un diálogo terrible entre Dios Padre y Dios Hijo pidiendo el segundo el rescate de las almas y ofreciendo a cambio ser hombre, trabajar, sufrir. El Padre sólo se satisface cuando el Hijo promete morir entre tormentos horribles en una cruz.[25] Otro día transcribe sobre “El juicio”: «¡Ah! Si la muerte es horrible porque nos parte en dos, sería una cosa poco importante si todo acabase allí. Pero hay que presentarse delante de Dios, darle cuenta de toda la vida, y esta vez no en función de padre del hijo pródigo, tan bueno y tan misericordioso, ni tampoco del Buen Pastor, sino de juez terrible e inexorable, que no perdona más.»[26]

La joven Isabel sigue sus anotaciones sobre ese juicio: ante la mirada de Dios “ningún amigo le asiste, Dios es implacable. Satán saca su libro”. Tras el repudio de Jesús, el pecador maldecido por todos, va al infierno. “Está todavía caliente el cuerpo del difunto y ya ruge y blasfema en las moradas infernales.” Pero ella, tras semejante descripción, expresa sus sentimientos: «Jesús, en adelante, la confianza es mayor que el temor en mi corazón. ¿Me podéis abandonar? No. Me amáis, no podéis separaros de mí. ¡Cuán felices seremos! ¡No abandonaros, cantar siempre vuestras alabanzas!»[27]

En el sermón sobre la muerte se decía entre otras cosas: «Oh muerte, espera, por favor. No puedo ir todavía. Mis pobres hijos... ¡Oh muerte! ¿Qué cosa presentaré al Señor, que deberá juzgarme? Un sacerdote. ¡Pronto, un sacerdote! Y el sacerdote llega frecuentemente demasiado tarde, para no encontrar más que un cadáver. Y además ¿qué valor puede tener esas confesiones de última hora?»[28]. Isabel reacciona sorprendentemente con confianza: «El sermón terminó con un acto de contrición, muy hermoso y emocionante. Cosa curiosa. Con temer yo tanto el juicio de Dios, el sermón de esta tarde no me ha impresionado lo más mínimo»[29].

En la misma misión, hablando de “las tres cualidades de la mujer cristiana” ponen en primer lugar la fe. ¿Pero de qué fe hablan?: «Ella la aprecia y da gracias al Señor todos los días. De joven instruirá a los niños pobres sobre estas verdades grandes y consoladoras. Madre, esposa, las hará conocer y amar de los que la rodean. Preferirá ver morir a su hijo que verle perder la fe»[30]. Una fe de conceptos y preceptos. De “verdades” y no de relación, de transformación, de vida interior. De hecho, cuando se habla de “la mujer de vida interior” predicaban vida ordenada, trabajo, obediencia, ordenar la casa con gusto cristiano... teniendo en su casa algunas estampas piadosas, un Crucifijo, hacia el que dirigirá sus ojos para reavivar su fe[31]. Cuando Isabel escriba para su hermana casada y con dos hijas *el cielo en la fe*, no hablará de condenación, de muerte, de estampas. Nada de esto describirá para ella la esencia del ser cristiano.

También en el tema de la Virgen, al hablar de su devoción, el predicador habla de “el escapulario, las imágenes, el rosario”[32]. Isabel, de nuevo, siguiendo el estilo teresiano-sanjuanista no recomendará tanto devociones como actitudes. Isabel saca su fruto bueno también en estos días de más

oración, de fervor. Ella se propone, por ejemplo, tras el sermón sobre la caridad excusar siempre a los demás y no quejarse si se le acusa a ella injustamente[33]. Reza incesantemente por la conversión del casero de su casa: el Sr. Chapuis, que se resiste. Ella no le condena: «El Padre Lion dice que este pecador no se convertirá nunca. Estoy enferma por mi Jesús, tiemblo por esta alma. ¡Qué abuso de gracias! No lo condeno. Después de un momento de irritación contra ella, la compadezco. Dios mío, ¿no hubiera hecho yo tanto y más si no me hubieseis colmado de beneficios?»[34]

Pero sus únicas referencias no serán los sermones y el ambiente de la época. La Señora Catez admiraba a Santa Teresa y tenía sus obras en casa. Mientras está yendo a la misión, lee el Camino de perfección «Esta lectura me interesa muchísimo y me hace bien. La Madre Teresa dice cosas tan buenas sobre la oración y sobre la mortificación interior» «No podría decir todo el bien que me hace este libro de Santa Teresa, que se dirige, sin embargo, principalmente a sus hijas carmelitas. Ella habla muy bien de la amistad»[35]

En el *Camino de Perfección* y las *Moradas* de Santa Teresa no encontrará nada de este ambiente moralizante. Encontrará la oración como relación de amistad con Dios y como un camino de recreación del ser, un modo de transformación de la persona al contacto con Jesús. También allí encontrará de nuevo aquello que le dijeron el día de su primera comunión: Dios está en nuestro corazón, amándonos y anhelando comunicarse con nosotros. En su lectura encontrará una identificación experiencial que la enriquece. De hecho, hace suyo parte del *Camino de Perfección*, mezclando expresiones de Santa Teresa con las suyas propias[36], sintiendo ambas en su corazón. Este método lo utilizará muchísimo con todo lo que se va identificando a lo largo de su vida, fundamentalmente la Palabra de Dios y los santos del Carmelo.

No es esta la única ayuda que encontrará. Tan sólo han pasado dos años tras la muerte de Santa Teresita y llega a las manos de Isabel la *Historia de un alma*. Ahora Santa Teresita es una gran santa reconocida universalmente, doctora de la Iglesia y patrona de las misiones, pero entonces era una joven carmelita, de tan sólo 24 años, que había escrito sus recuerdos por orden de su hermana y priora. Esta doctrina ayudará a Isabel a perder ese temor que se inculcaba, a entrar en el camino del abandono confiado, de la misericordia de Dios. Vibrará al leer sus deseos de comulgar frecuentemente, germinará su sentimiento de ser una “pequeña hostia” (aspecto en el que profundizará con un matiz diferente cuando entre al Carmelo), se identificará con su periodo de escrúpulos, con el amor a la naturaleza, con los deseos de amor; reafirmará su experiencia de Dios, su vivencia de la fe. Con ella se identificará plenamente utilizando muy a menudo en cartas, escritos y poemas sus expresiones[37].

El 2 de agosto de 1901 Isabel Catez entra en el Carmelo de Dijon donde su fe tendrá una evolución. Ahondará en todos los aspectos de su vida, porque la fe envuelve toda la persona, todo acontecimiento; pues sabemos que se trata de una actitud en la vida, de una visión diferente de todo: de lo más ordinario a lo más sublime. Santa Teresa y Santa Teresita seguirán acompañándola toda su vida. Pero ahora encontrará otros dos grandes maestros que le impulsarán y guiarán en su camino: San Pablo[38] y San Juan de la Cruz[39]. Ambos le mostrarán definitivamente el camino de fe con el que Isabel se identificará y que será la palabra que querrá dejar en herencia.

## **¿Le he dicho mi nuevo nombre en el Carmelo? «María Isabel de la Trinidad»[40]**

Cuando Isabel entra en el Carmelo, toma el nombre de Isabel de la Trinidad. Este nombre por sí ya indica su vivencia interior de Dios y lo fundamental para ella: ser casa de Dios Trinidad. Se dará cuenta, además, de que esto es una riqueza a la que estamos llamadas todas las personas por el bautismo. Estamos “justificadas por la fe y los sacramentos”[41], que nos hacen dignos de vivir esta inhabitación. Ella lo vive con un matiz peculiar por su vocación contemplativa, pero nadie queda excluido en esta llamada. Isabel vivía el misterio del Dios que la habitaba desde su primera comunión. Posteriormente, consulta con el P. Vallé, un dominico que le afianzará en su experiencia. «Ciertamente, hija mía, el Padre está ahí, el Hijo está ahí, el Espíritu Santo está ahí”, y comenzó a explicar el texto de san Pablo: “¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo?” (1Cor, 6,19). Pronto pudo darse cuenta el Padre que Isabel no le seguía más, embelesada como estaba por un recogimiento irresistible: “tenía prisa porque callase”, confesará más tarde la carmelita»[42]

Isabel presenta esta vida interior, este “entrar dentro de sí” para comunicarse con el Dios que nos habita como un deseo de Dios mismo. Como una llamada de Él[43]. Y así comienza su escrito *El cielo en la fe*: «Padre, quiero que allí donde yo estoy estén conmigo los que me diste’ (Jn. 17,24) Tal es la última voluntad de Cristo, su plegaria suprema antes de volver al Padre. Quiere que donde está Él estemos también nosotros, no sólo durante la eternidad, sino ya en el tiempo, que es la eternidad comenzada»[44] Dios nos habita en nuestro “más profundo centro”[45]: «“El Reino de Dios está dentro de vosotros”»[46]. Tras esto explica que, sin embargo, este Dios está escondido. Habrá que permanecer en toda circunstancia, ahondar dentro de sí, con confianza y amor.[47]

Vivir este misterio, es vivir un misterio de comunicación y comunión. Así recomienda a una amiga: «Ame siempre la oración, querida Germanita, y cuando digo la oración no me refiero a imponerse cada día una cantidad de oraciones vocales que rezar, sino a esa elevación del alma hacia Dios a través de todas las cosas, que nos establece en una especie de comunión continua con la Santísima Trinidad, haciéndolo todo sencillamente bajo su mirada, ‘que Él habite por la fe en su corazón, para ser enraizada en su amor’ (Ef. 3,17)»[48] Dios se comunica[49] en nuestro interior. Dios mismo es en esencia comunidad, comunicación: Tres personas. No se trata de vivir un concepto, sino una relación con quien nos habita, de conocimiento mutuo[50]. Creer en su presencia y actuarla. Y esta llamada, que es a la más pura contemplación, es para todas las personas: «Ella encuentra en todo el secreto de crecer en el amor» «incluso en sus relaciones sociales. En medio de las preocupaciones de la vida, puede afirmar con todo derecho: ‘Sólo en amar es mi ejercicio’».[51]

Esta es la fuente de la paz y serenidad que vivía admirablemente para sus hermanas de comunidad la joven Isabel desde el primer día que ingresó en el convento. Una vida interior que consiste en un olvido de sí para volcarse en Quien nos ama, en el Otro y los otros. Olvidarse de uno mismo, descentrarse

de sí, para darse por encima de “agitaciones y tempestades”, dejando actuar la fe. «Así ocurre al alma que ha entrado en ‘la fortaleza del santo recogimiento’[52]: el ojo de su alma, abierto bajo las claridades de la fe, descubre a su Dios presente, viviendo en ella; a su vez, ella permanece tan presente a Él, en la bella simplicidad, que Él la guarda con un cuidado celoso. Pueden, entonces, sobrevenir las agitaciones de fuera, las tempestades de dentro, se puede atacar su punto de honor: ‘¡Nescivi!’[53]. Puede Dios esconderse y retirarle la gracia sensible: ‘¡Nescivi!’. Y con San Pablo: ‘Por su amor he perdido todo’ (Flp. 3,8). Entonces el Maestro tiene libertad para derramarse, para darse ‘según su medida’[54]. Y el alma así simplificada, unificada, se hace trono del Inmutable»[55]

### **Que te devuelva la fe.[56]**

Para Isabel la fe es un don precioso, es Dios mismo y, con él, todos sus dones. «Para acercarse a Dios es necesario creer (Heb. 11,6). Es S. Pablo[57] quien habla así. San Juan de la Cruz dice que ella nos sirve de ‘pies’ para ir ‘a Dios’, e incluso que es la ‘posesión de Dios en la oscuridad’. Sólo ella puede darnos un ‘conocimiento verdadero’ sobre Aquel a quien amamos. Así pues, la fe nos da a Dios, aun en esta vida, encubierto, es verdad, en el velo en que le oculta; pero sin embargo, es el mismo Dios».[58] Todo forma una unidad: fe, sacramentos, inhabitación, seguimiento de Jesús, vida contemplativa. Cuando habla de un tema, habla de los otros, no excluye. Por eso es difícil expresar en “apartados” la esencia de su fe. Porque es una parte de un todo, todo se entrelaza.

¿Cuál es la fe que desea Isabel para todos? ¿Qué es la fe para Isabel? ¿Habla de esa fe sensible que sobreabundaba en su época[59], de una fe dogmática?. Así describe lo que es “asegurarse en la fe” a una amiga: «Asegúrate en la fe, es decir, no obres más que bajo la luz potente de Dios, nunca según las impresiones y la imaginación. Cree que Él te ama, que quiere ayudarte Él mismo en las luchas que tendrás que sostener. Cree en su amor, su demasiado gran amor, como dice San Pablo (Ef. 2,4). Alimenta tu alma de las grandes verdades de la fe, que le revelan toda su riqueza y el fin para el que Dios la ha creado. Si tú vives en todas sus cosas, tu piedad no será una exaltación nerviosa, como temes, sino será verdadera. ¡Es tan hermosa la verdad, la verdad del amor: ‘Él me ha amado, Él se ha entregado por mí’ (Gal. 2,20)! He aquí, hijita, lo que es ser verdadero»[60] Habla de una fe que no se basa en el sentimiento, ni en la ‘exaltación nerviosa’, sin buscar cosas extraordinarias[61]. Pero tampoco es una fe sin una base sólida, sin unas verdades que la sustentan, sino basada en la misma Palabra de Dios y de la Iglesia. Pero la principal, la fundamental de esas verdades es el amor que Dios nos tiene, “la verdad del amor” manifestado en Cristo Jesús - “Él me ha amado” -, y la respuesta generosa a ese amor en el que hay que creer siempre.

La fe es un don que sale al encuentro de Isabel y que ella acoge. Ella es la que le une a su Esposo, a Dios. «He aquí que la fe, la bella luz de la fe, me sale al encuentro. Es ella sola la que debe alumbrarme para ir delante del Esposo»[62]. De nuevo la doble dimensión: tinieblas[63] y luz; trabajo personal y don. Ella lo entiende porque es un alma contemplativa, que va más allá de los



conceptos. Todos le sirven y todos le sobran, todos lo expresan y ninguno lo explica. Nueva disyuntiva: ¿Sólo fe, sólo obras? ¿Contemplación o acción? Isabel “responde” sin que nadie le haya preguntado. Responde con su vida, explicándole a su hermana lo que las dos pueden vivir: «seamos estas grandes almas adorantes. Adorémosle en ‘espíritu’, es decir, tengamos el corazón y el pensamiento fijos en Él, y el espíritu lleno de su conocimiento mediante la luz de la fe. Adorémosle en ‘verdad’, es decir, con nuestras obras, pues es sobre todo por nuestras obras como nos mostramos veraces; es hacer siempre lo que le agrada al Padre (Jn 8, 29), de quien somos hijos. En fin ‘adoremos en espíritu y en verdad’, es decir, por Jesucristo y con Jesucristo, pues sólo Él es el verdadero adorador en espíritu y en verdad».[64] Todo va unido: fe y obras, contemplación y acción, el Padre y el Hijo junto con el Espíritu.

El modo de obrar esa fe es la salida del propio egoísmo y la búsqueda de la felicidad de los demás, en lo que insiste en sus cartas a sus amistades. Vivir en fe, buscar la voluntad de Dios es tratar de ser la alegría de los que nos rodean[65]. La fe hay que ejercerla, hay que activarla o muere. A eso se refiere Isabel con su constante expresión de “estar despierta” en la fe. Isabel ha ‘perdido todo por su amor’, ha salido de sí misma y de la superficialidad que no es digna «de una hija de Dios, de una esposa de Cristo, de un templo del Espíritu Santo. Para premunirse contra esta vida natural es necesario que el alma esté toda despierta en su fe con la mirada puesta en el Maestro»[66] Estar despierta en la fe, es edificarse sobre la roca, que es Jesucristo, por encima de ella misma, de los sentidos, de la naturaleza, de los consuelos o de los dolores. Viviendo en el dominio propio, trascendiendo. Recogida en su palabra y en la fe ‘en el demasiado grande amor’ de Dios, viviendo en el agradecimiento[67]. Ella sabe que los santos siguieron a Jesús en fe[68], y quiere seguirle por el mismo camino.

Isabel conoce lo que es la sequedad de la oración; pero la oración no es para darse gusto a sí misma, sino a Él. «Pida mucho por mí, amadísima hermana. También a mí no es un velo, sino un muro grueso, quien me lo oculta. Es muy duro, verdad, después de haberlo sentido tan cercano; pero estoy dispuesta a permanecer en este estado de alma el tiempo que quiera mi Amado, pues la fe me dice que Él está ahí también. Y entonces ¿de qué sirven las dulzuras y los consuelos? No son Él. Y es a Él solo a quien buscamos. ¿No es así, mi querida Margarita? Vayamos, pues, a Él en la fe pura. ¡Oh, hermana mía! Nunca he sentido tan al vivo mi miseria. Pero esta miseria no me deprime. Al contrario, me sirvo de ella para ir a Él. ¡Ah, cuando pienso en las gracias de que me ha colmado!... ¿No le parece que esto dilata el corazón?»[69]

Por tanto Isabel trae a su memoria su “historia de salvación”, como hacía el pueblo de Israel. Recuerda las gracias pasadas y permanece no con una fuerza voluntarista, sino con su corazón, que ama por encima del sentimiento. Además, está convencida de que si cambia nuestro estado, no cambia el de Dios: «No se preocupe de si está fervorosa o sin ánimos; es la ley del destierro el pasar de un estado a otro. Crea, entonces, que Él no cambia nunca[70], que en su bondad está inclinado sobre usted para levantarla y establecerla en Él. Sí, a pesar de todo, el vacío y la tristeza la agobian, una esta agonía a la del Maestro en el huerto de los Olivos»[71]

Isabel tiene fe en la acción de Dios por medio de la Iglesia y de los

sacramentos, que ama profundamente. La acción de éstos no se percibe cuando los miramos superficialmente. Es la fe la que actúa y nos acerca a la acción de Dios. Si miro un bautismo sin fe, veré tan sólo agua; en la Eucaristía, sólo un trozo de pan, etc. Isabel vive como medios activos todos los sacramentos sintiéndose llamada a vivirlos TODOS aunque se centra fundamentalmente en el bautismo y la Eucaristía. «Y a los que ha conocido, los ha llamado’: es el bautismo quien te ha hecho hija de adopción (Rom. 8, 15), el que te ha marcado con el sello de la Santa Trinidad. ‘A los que Él ha llamado, Él los ha justificado’: ¡cuántas veces lo has sido tú por el sacramento de la penitencia y por todos estos toques de Dios en tu alma, sin que te des cuenta!»[72] Gracias al bautismo hemos muerto con Él y reviviremos en Él: «sepultados en Él por el bautismo y resucitados con Él por la fe»[73]. Las citas serían innumerables.

Su amor a la Eucaristía era grande «Aquel que adoro en la fe»[74], «el cielo en la fe»[75]. Desde su niñez oraba fervientemente en la Iglesia. Cuando en su enfermedad no podía comulgar, adoraba a Dios presente en el corazón de su priora (que se acercaba al lecho tras la misa) y comulgaba ‘espiritualmente’. Pero su fe era mayor que el sacramento: «Estoy privada del Sacramento, pero Dios no tiene necesidad de él para venir a mí ¿Quién puede separarnos de Aquel a quien amamos?»[76]

La intrepidez de Isabel al profundizar en los sacramentos es asombrosa. Los dos sacramentos que por opción vocacional y por género no podía vivir, el matrimonio y el orden sacerdotal, no le suponen mayor dificultad. Ella se considera esposa de Cristo: «una realidad divina, la expresión de todo un misterio de semejanza y de unión»[77]. Respecto al sacerdocio, no es tanto que sienta en sí la llamada a esta vocación como Sta Teresita[78] sino que contempla este sacramento realizado en algunos servicios de su priora. Isabel es la hostia que se ofrece, la priora es el sacerdote que la ayuda a transformarse en Jesús. No duda en llamarla «mi sacerdote santo»[79], sacerdote consagrada por el mismo Cristo[80]. «Madre mía, eres ese sacerdote en el altar y Laudem gloriae[81] es la pequeña hostia. En el día luminoso de su Epifanía la ofreciste como regalo al Enmanuel»[82] “Víctima y sacerdote” están unidas por la eternidad[83]. Ya desde la profesión había sido como una consagración eucarística; en su enfermedad va a culminarse la entrega identificándose plenamente Isabel con el Hombre de dolores[84]. Compara la vida del Sacerdote y de la Carmelita identificándolas en más de una ocasión[85].

Cree profundamente en los sacramentos, al tiempo que afirma que «cada acontecimiento y suceso, cada sufrimiento y alegría son un sacramento que le comunica Dios»[86]. Dios se nos comunica por medio de todo, se hace presente cotidianamente a quien se abre a percibir su acción de amor. Isabel vive su vocación como sacramento de Cristo por la fe. Así escribe a mitad de 1903: «La carmelita es el sacramento de Cristo. A través de ella debe darse nuestro Dios Santísimo, el Dios crucificado todo Amor. Pero para comunicarle así hay que dejarse transformar en una misma imagen con Él. Es necesaria la fe que contempla y ora sin cesar»[87] ¡Qué diferente esta imagen de la carmelita de la que tenía hace tan sólo 6 años y que expresaba en una poesía! En ella hablaba de los distintivos de la carmelita y enumeraba el «hábito

querido de sayal, rosario pobre y sencillo, objetos de penitencia, pequeña celdilla... »[88]

De este modo Isabel se convierte en sacramento vivo. En la Navidad de 1904 escribe cómo puede contemplar a Dios 'a la luz de la fe'. Por esta fe Jesús se encarnará de nuevo en ella y así «mi alma se convierte en vuestro sacramento»[89]. Todo es sacramento para la carmelita de Dijon. Valora estos dones de Dios, pero no los absolutiza. La joven contemplativa va más allá de la teología de su tiempo, por su experiencia, por saber leer en las Escrituras y en su corazón. Y, por eso, habla fundamentalmente de Dios Padre pero, siguiendo la tradición bíblica[90] y la experiencia de tantos creyentes (uno de ellos S. Juan de la Cruz), también experimenta a Dios como Madre: «Entonces nosotras seremos hijas de Dios; conoceremos por experiencia la verdad de las palabras de Isaías: 'Seréis llevados a los pechos y se os acariciará sobre las rodillas' (Is. 66, 12). En efecto, 'todo el cuidado de Dios parece ser llenar al alma de caricias y de señales de afecto, como una madre que cría a su hijo y le alimenta con su leche' »[91] Incluso define a Jesús: «con la ternura de una madre»[92] y la oración como la relación de un niño con su madre: «¡Oh qué bueno es estar allí en silencio, como un niño en los brazos de su madre, y no ver ni oír nada más que a Él!»[93]

### **Pase lo que pase, cree siempre en el amor[94]**

Isabel une de tal manera fe y amor que escribe: «acrecentemos nuestra fe, si fuese posible, a la altura de su amor»[95] Pide creer en el Dios que es Amor. «Me parece que tal debe ser la actitud de una alabanza de gloria que quiere proseguir a través de todo su himno de acción de gracias: 'incommovible en su fe al demasiado amor' (Ef. 2,4). 'Nosotros hemos conocido el amor de Dios hacia nosotros, y nosotros hemos creído' (1Jn 4,16). 'La fe, dice San Pablo, es la sustancia de las cosas que se deben esperar y la demostración de las que no se ven' (Heb. 11,1). ¿Qué importa al alma, que se ha recogido en la claridad que crea en ella esta palabra, sentir o no sentir, estar en la oscuridad o en la luz, gozar o no gozar?... Ella prueba una especie de vergüenza al hacer diferencia entre estas cosas; y cuando se siente afectada por ellas, se desprecia profundamente por su poco amor y mira inmediatamente a su Maestro para hacerse librar por Él. Me parece que a esta alma inmovible en su fe a Dios Amor pueden dirigirse estas palabras del Príncipe de los Apóstoles: 'Porque creéis seréis colmados de una alegría inmovible y glorificada' (1Pe. 1,8)»[96]. No se trata de no sentir el sufrimiento o las dificultades sino de saber pasar a través de ellas, no con una actitud estoica, sino con amor, porque se cree en quien se ama más profundamente que siente y experimenta la epidermis o el corazón. Porque tu amor es más fuerte que la muerte.

Este amor es mayor que nuestros pecados y limitaciones: «Él se hace en nosotros su pan, quemando de antemano en su propio amor vicios, faltas y pecados»[97] Recordamos que en las predicaciones y misiones de la época se decía del pecado que era una rebelión contra Dios Juez[98] y que el mejor castigo era el infierno.[99] Incluso el pecado venial voluntario producía en Jesús sufrimiento y asco[100]. Ante esto Isabel de seglar reaccionaba con

lágrimas y sentido de culpa. Siete años después escribe serenamente[101]: «Porque todos pecaron y tienen necesidad de la gloria de Dios; son justificados gratuitamente por su gracia, por la redención de Cristo Jesús, a quien Dios ha preestablecido como propiciación por los pecados, mostrando juntamente que Él es justo y que justifica a quien tiene fe en Él (Rom. 3, 23-26) (San Pablo). Él lo ha dicho: ‘borraré todas sus iniquidades y no me acordaré más de sus pecados’ (Is. 43, 25). »[102] Termina diciendo que nuestros pecados son fuente de humildad. Y en esa humildad se encuentra a Dios[103]. Pero también tiene una visión positiva y sabe que la verdadera humildad no se trata sólo del reconocimiento de los propios pecados sino también de los dones recibidos de Dios. Isabel sabe que «un alma que viviese en la fe... me parece que viviría siempre en la humildad. Ella sabría reconocer los dones recibidos, pues ‘la humildad es la verdad’»[104] Para ella fe y verdad están íntimamente unidas, junto al amor. Esta fusión se realiza en Jesús que es «El Fiel, el Verdadero (Ap. 19,11)»[105] Las almas que le siguen «son ‘vírgenes’, es decir, libres, separadas, despojadas, libres de todo menos de su amor, separadas de todo y, sobre todo, de ellas mismas»[106]. Nuevamente la carmelita acentúa la falta de superficialidad. Cuando habla de virginidad habla de actitudes que son válidas para todo creyente: célibe o no. No habla de una realidad física sino de libertad, de amor, de falta de egoísmo.

Isabel es consciente de su fragilidad, pero confía. «Y si caigo a cada paso, me haré levantar por Él con una fe toda confiada, y sé que Él me perdonará, que borrará todo con un exquisito cuidado; más aún, Él me ‘despojará’, me ‘librará’ de todas mis miserias»[107] Cree en un Dios bueno, que no mira el pecado si no es para liberar de él. Así lo transmite a su priora en el “testamento” que le deja: «No seréis superficial si estáis despierta en el amor. Pero en las horas que no sintáis más que el decaimiento, el cansancio, le agradeceréis todavía, si sois fiel en crear que Él obra aún, que os ama de todos modos, y más aún: porque su amor es libre y es así como quiere engrandecerse en vos. Y vos os dejaréis amar ‘más que éstos’»[108] Este es el Dios en el que cree Isabel: un Dios que ama libremente, al margen de nuestra respuesta. Y por eso siente el grito de su corazón a responder con la misma gratitud, con la misma libertad, por encima del propio ego.

Esta “salida de sí” (del egocentrismo) provocada y urgida por el amor, es una muerte cotidiana, pero es vida, porque la une a la muerte de Jesús, a la vida de Jesús, que también vino a dar vida y no hizo nunca su voluntad, sino la del Padre; no viviendo para sí, sino para los demás[109]. Por la ascesis de Isabel es ascesis de amor. Principalmente tratando de hacer la voluntad del Padre, pidiéndole que aparte el cáliz cuando sus designios son dolorosos, pero buscando asemejarse a Cristo «El Crucificado por amor»[110]. Por tanto, no está centrada en el dolorismo sino que es cristocéntrica[111], basada en la fe, esperanza y amor. Hay que tener en cuenta, además, que Isabel no ignora que el Cristo crucificado es el que resucitó y hemos “resucitado con Él por la fe”[112]. Estando enferma, quiere agradecer a su priora todo lo que se ha desvivido por ella y le escribe una carta con un mensaje fundamental: “¡Déjate amar!”. Sabe que muchas veces el problema no es que Dios no actúe su amor, sino que nos cuesta creer en él, deteniéndonos en nuestras limitaciones o carencias, o porque no consideramos que su amor pueda ser tan grande con

cada criatura. Ella habla desde su propia experiencia: lo fundamental es “caer en la cuenta”[113] de este amor de Dios: «He sido muy amada, tengo de ello conciencia»[114]

Por eso, lo que propone es, en realidad, un camino a la alegría: «Toda la naturaleza me parece tan llena de Dios: el viento que agita los grandes árboles, los pequeños pajarillos que cantan, el hermoso cielo azul, todo esto me habla de Él. ¡Oh, mamá! Tengo necesidad de decirte que mi felicidad aumenta siempre, adquiere proporciones infinitas como el mismo Dios, y es una felicidad tan serena, tan dulce... ¡Quisiera darte mi secreto! San Pedro en su primera epístola dice: ‘porque creéis, seréis llenos de una alegría inquebrantable’ (1 Pe. 1,8). Creo que la carmelita saca toda su felicidad de esta fuente divina: la fe. Todo esto, querida mamá, no es sentimentalismo o imaginación»[115]

### **Palabra de mi Dios, quiero pasar mi vida escuchándoos[116]**

Una de las definiciones de fe es “creer en la palabra del otro”[117]. Isabel es de aquellas personas que pueden decir que es “dichosa porque ha creído”[118], porque ha “escuchado la Palabra de Dios y la ha puesto por obra”[119]. Para la carmelita lo primero es creer en la Palabra con la que Dios se nos comunica, que es la Sagrada Escritura[120] y Cristo, única Palabra del Padre[121]. De aquí brota su actitud de amor al silencio. Pues ama un silencio de escucha, un silencio que no es estéril sino que está habitado por la “música callada” y “soledad sonora”[122] que es Dios. Escribe sus meditaciones de *El cielo en la fe* y sus *Últimos ejercicios* comenzando siempre[123] con un extracto de la Sagrada Escritura que ilumina todo lo demás. Estas mismas meditaciones son un mosaico de citas de la Palabra bíblica, Juan de la Cruz y otros autores. También las poesías, varias de las últimas cartas las encabeza con citas bíblicas[124]; son un reflejo de este amor por la Escritura, que ha hecho suya. Llega incluso a basarse en un relato bíblico para explicar su cariño a la priora, comparándolo con la profunda amistad de David y Jonatán.[125] La Palabra de Dios la impulsa a una relación más profunda con los demás, a un amor más auténtico. Hace de tal manera suya la Palabra de Dios que cita a S. Pablo en femenino: «Corro derecha a la meta, a la vocación a que me ha llamado Cristo Jesús (Flp. 3, 8-10 y 12-14). Es decir, no quiero otra cosa más que identificarme con Él: ‘Mihi vivere Christus est’, ‘Cristo es mi vida’”(Flp. 1, 21)»[126] «‘Caminad en Jesucristo, enraizada en Él, edificada sobre Él, asegurada en la fe y creciendo en Él en la acción de gracias’ Sí, hijita de mi alma y de mi corazón, camina por Cristo Jesús»[127] Efectivamente, se identifica con Cristo, con su Palabra, cree en ella, la hace suya, se enraíza en Jesús[128] y su Palabra, la hace vida, es su vida[129]. Quiere estudiarle, conocerle, con la connotación bíblica de conocimiento, que no es tanto intelectual como afectiva.

Reformula la Palabra no sólo encarnándola en sí, sino haciéndola suya. Incluso se atreve a ir más lejos: la reinterpreta. Así, a su priora que se pregunta si ama lo suficiente a Jesús, le da consuelo y alivio respondiendo: «Él no os dice como a Pedro: ‘¿Me amas más que éstos?’[130]. Madre, escuche lo que le dice: ¡Déjate amar más que éstos!»[131] Creer en la Palabra es creer en Cristo. Su experiencia de Dios Trino no le aleja de la humanidad de Cristo, siendo con

esto verdadera discípula de Sta. Teresa y S. Juan de la Cruz[132]. Jesús es el Verbo encarnado: Maestro, Camino, Verdad y Vida. Isabel quiere ser “otro Cristo”; quiere que se realice en ella “como una encarnación del Verbo”; quiere unirse a Él de modo que ya pueda decir “vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”[133]. La espiritualidad de Sor Isabel es totalmente trinitaria y cristocéntrica

### **Virgo fidelis**

Cuando Isabel mira a María, la madre de Jesús ve en ella un ejemplo principalmente de fe, de alma inhabitada por la Trinidad, de mujer a la escucha de la Palabra y recogimiento interior. Se fija en la Virgen del Evangelio, en la del “hágase”[134]. «'Virgo fidelis': es la Virgen fiel, 'la que guardaba todas las cosas en su corazón' (Lc. 2, 19.51) Ella se mantenía tan pequeña, tan recogida delante de Dios en el secreto del templo, que atraía las complacencias de la Santa Trinidad: '¡Porque ha mirado la bajeza de su sierva, en adelante todas las generaciones me llamarán bienaventurada!' (Lc. 1,48). La Virgen dijo su fiat: 'He aquí la sierva del Señor, hágase en mí según tu palabra' (Lc. 1,38) y tuvo lugar el más grande de los misterios»[135] Y al ser modelo de mujer creyente, es la mujer que sabe trascender todo y, por supuesto, es una mujer que obra. Después de decir que María es el “modelo de las almas interiores” Isabel quiere dejar claro que no se refiere a un intimismo egoísta, ni mucho menos «¡Con qué paz, con qué recogimiento María se sometía y se prestaba a todas las cosas! ¡Cómo, aun las más vulgares, eran divinizadas por ella! Porque a través de todo la Virgen no dejaba de ser la adoradora del don de Dios. Esto no le impedía entregarse a las cosas de fuera cuando se trataba de ejercitar la caridad. Jamás la visión inefable que ella contemplaba en sí misma disminuyó su caridad exterior»[136]

Así Isabel se adelanta al Concilio y a nuestros tiempos en los que entendemos a María tal y como la define la “Marialis Cultus” de Pablo VI, como modelo de virgen oyente, orante y oferente. A la que la Iglesia quiere imitar por su “caridad ardiente y fe inquebrantable” y en la que ve una verdadera “maestra de vida espiritual”[137]. Estos son los aspectos en los que más se ve reflejada Isabel y en los que basa su piedad[138]. La verdadera piedad mariana toma a María como modelo que le ayude a configurarse con Jesucristo: «Esta Madre de gracia va a formar mi alma, para que su hijita sea una imagen viva, 'expresiva' de su primer Hijo (Lc. 2,7), el Hijo del Eterno, Aquel que fue la perfecta alabanza de gloria de su Padre»[139]

### **Débil hasta gritar[140]**

Isabel enferma siendo una mujer joven. Su estómago se va minando, cada vez admite menos alimentos, por lo que se ve sometida a un lento ir muriendo durante unos meses de hambre y sed. ¿Qué le ayuda a sobrellevar todo esto? Todo lo que hasta entonces vivía a fondo: su fe en la inhabitación divina, en el amor de Dios, que ha de ser imagen del Hijo, en la Palabra de Dios. Ahora todo esto toma un cariz distinto pues se añaden a este cuadro los tonos oscuros del dolor y la muerte, que en vez de estropearlo le dan un nuevo matiz que lo hace todavía más hermoso. Isabel ha contemplado toda su vida

desde una perspectiva de fe. Ahora tendrá que enfrentarse al sufrimiento y a la muerte; y tendrá que hacerlo también desde la fe. Ésta la sostendrá en este terrible momento.

Isabel describe a una amiga suya de forma admirable en una larga carta considerada como un tratado espiritual, qué es lo que está viviendo: «'Cumpló en mi carne lo que falta a la Pasión de Jesucristo por su cuerpo, que es la Iglesia' (Col. 1,24). He aquí lo que constituía la felicidad del Apóstol. Este pensamiento me persigue y te confieso que experimento una alegría íntima y profunda al pensar que Dios me ha escogido para asociarme a la Pasión de su Cristo, y este camino del Calvario que subo cada día me parece más bien la ruta de la felicidad. ¿No has visto esas estampas que representan a la muerte segando con la hoz? Pues bien, ése es mi estado; me parece que la siento destruirme así... Para la naturaleza esto es a veces doloroso, y te aseguro que si me quedase ahí, no sentiría más que flaqueza en el sufrimiento. Pero esto es la consideración humana, y muy pronto 'abro el ojo de mi alma a la luz de la fe' [fórmula que toma de Sta Catalina de Sena], y esta fe me dice que es el amor el que me destruye, quien me consume lentamente, y mi alegría es inmensa y me ofrezco a él como presa»[141]

Aquí se ve cómo lo afronta con la Palabra de Dios como primer y fundamental apoyo. Así se adhiere a Cristo, al cual mira en los momentos de dolor y sufrimiento. Por eso está llena de paz y felicidad, porque deja de mirarse a sí misma para mirar al Otro. Sin embargo, no niega lo que siente su naturaleza. Pero no se para en ello, mira con fe cada vez que siente que el dolor le abruma, "cree en el amor" y creyendo en él, acepta su situación y la ofrece a Dios. Confía a su priora: "Si mi Maestro me diera a elegir entre un éxtasis y la muerte en el abandono del Calvario, elegiría esta última para asemejarme a Él"[142]. Ella está convencida de que Dios "no niega nada a la fe, a la confianza, al amor"[143], pero eso no quiere decir que crea en el "dios soluciona-problemas" o "dios varita-mágica"; ella continúa en su dinámica de no buscar cosas extraordinarias, y así afirma: «No puedo pedir mi curación»[144] aunque llega a tener tentaciones de desesperación y de suicidio[145].

Repetimos que la carmelita descalza no vive una fe dolorista. La fe es la comunión con el Crucificado en el momento de su personal crucifixión. Tanto ella como su comunidad y familia, buscan todos los alivios que pueden. Llega un momento que su único alimento es bombones o leche. Y hay una verdadera competición de gente que le quiere que busca cómo acertar con aquellos que pueda resistir la enferma. Ella colabora con los médicos y con su comunidad. Vive el equilibrio entre aceptar los sufrimientos de la enfermedad y buscar los alivios posibles[146]. «Olvidarse de sí por lo que se refiere a su salud no quiere decir que haya de descuidar el cuidarse, porque es su deber y la mejor penitencia; pero hágalo con gran abandono, dando a Dios las gracias por todo lo que suceda. Cuando el peso del cuerpo se hace sentir y fatiga su alma, no se desanime, sino acuda con la fe y el amor a Cristo»[147]

Isabel también palpa su pequeñez, su debilidad. Tras la crisis de abril en la que recibe la Unción de enfermos[148] confiesa a su madre: «a pesar de mi alegría de ir a Dios, tenía necesidad de oír su voz [la de la priora] y sentir mis manos en las tuyas, pues de todos modos este momento es muy solemne y se siente uno tan pequeño y las manos tan vacías»[149]. Su fortaleza, su

consuelo, es la fe sobria y serena que vive desde hace tantos años y que le ayuda a aceptar la enfermedad y la muerte con serenidad y hasta alegría en medio de la oscuridad y del sufrimiento. A pesar de la aparente destrucción de su ser, ella confía en que sigue un camino de gloria. Tal como había escrito en una carta “ella ha ido a la Vida, a la Luz, al Amor”[150]. Estas fueron sus últimas palabras.

### **Le dejo mi fe en la presencia de Dios[151]**

Isabel dedica *El cielo en la fe* en el que habla de la llamada a la inhabitación trinitaria a su hermana. Sólo en una ocasión copiando un escrito dice «‘Sed santos porque yo soy santo’. Es el Señor quien habla así. Cualquiera que sea nuestro género de vida o el hábito que nos cubre, cada uno de nosotros debe ser el santo de Dios»[152] Utiliza pues, como vemos, la palabra “hábito”, pero sin excluir cualquier otro modo de vida. De hecho, Isabel adapta su escrito a su hermana cambiando pequeñas palabras en algunos momentos.[153] Al poco de entrar en el convento soñaba en que su hermana tendría vocación a la vida consagrada: “Algunas veces me pregunto si el buen Dios no la tomará también”[154]. Lo normal sería que, tras el matrimonio de Guita, Isabel desistiera: una mujer casada podría ser piadosa, pero no contemplativa. No opina ella así. Y por eso, no sólo le dedica *El cielo en la fe*, su gran tesoro en el que explica una vida de fe y contemplación, sino que en sus cartas y conversaciones le anima a vivir lo mismo que ella está viviendo, como vocación cristiana. «Me da devoción mientras recito el Oficio divino y pienso que estamos las dos junto a Él. Cuando se ama, las cosas exteriores no pueden distraer del Maestro, y mi Guita es juntamente Marta y María (Lc. 10, 38-42) ¡Oh, déjate tomar, déjate invadir por su vida divina, para podérsela dar al querido pequeño...! Piensa lo que pasaría en el alma de la Virgen cuando, después de la Encarnación, poseía en ella al Verbo Encarnado, al Don de Dios»[155]. De este modo se comporta no sólo con su hermana, sino con su madre y amistades. Sus cartas son un apostolado de este convencimiento de Isabel, cada vez más agradecida del don de su vocación de carmelita y más apóstol de la vida interior como vocación de toda persona bautizada. Porque, aunque ella es contemplativa, no renuncia a la amistad, una y otra vez dice en sus cartas que ahora ama más intensamente que antes a las personas queridas porque ha comprendido que estar enraizada en Jesucristo no es renunciar a las relaciones interpersonales, sino más bien al contrario[156].

Hemos visto cómo su fe está imbuida de la Palabra de Dios, los sacramentos, la oración, el amor, la vida trinitaria, hasta la esencia misma del ser cristiano. A veces puede parecer que Isabel propone algo imposible, un estar *siempre* en oración. Pero recordamos que ella habla de actitud de vida. Lo mismo que una persona enamorada lo está aun cuando no piensa en quien ama, aun cuando duerme. Así pasa con quien vive en fe, esperanza y amor. Por eso, tras exponer todo el ideal de la vida de fe a su hermana, termina diciendo: «y aunque ella no sea siempre consciente de ello, porque la debilidad de la naturaleza no le permite estar siempre fija en Dios sin distracciones, ella canta siempre, adora siempre; ella se ha convertido, por decirlo así, en la alabanza y el amor»[157]. Se trata de vivir la vida ordinaria, «en los actos más sencillos»[158] pero no de modo superficial, sino desde los niveles más hondos



de la persona: «Hay que vivir en lo sobrenatural, es decir, no obrar nunca 'naturalmente'... Hay que tomar conciencia de que Dios está en lo más íntimo de nosotros y que hay que ir a todo con Él. Entonces nunca se es superficial, aun haciendo las acciones más ordinarias, porque no se vive en estas cosas, las supera»[159]

Isabel sabe que tiene “la mejor parte”, pero no le es exclusiva: «Esta mejor parte, que parece ser mi privilegio en mi querida soledad del Carmelo, se la ofrece Dios a toda alma bautizada. Él se la ofrece, querida señora, en medio de sus cuidados y solicitudes maternas... Crea que todo su deseo es llevarla a una unión cada vez más profunda con Él»[160]. Desde el Carmelo llega a sentirse madre de su hermana y hasta de su propia madre: «Yo soy la madrecita de tu alma. Tú puedes creer en mi doctrina, porque no es mía. San Juan en sus cartas desea que tengamos 'sociedad' con la Santísima Trinidad. Basta, dice San Pablo, con creer. Dios es espíritu y a través de la fe nos acercamos a Él. Piensa que estás con Él y trata como con un Ser a quien se ama. No hay necesidad de bellas palabras, sino de un derramamiento del corazón» [161]. Sabe que tiene una palabra y testimonio que dar, y que puede enseñarlo. Esta llamada que hace es siempre a la alegría. Ella da testimonio de su propia alegría en medio del sufrimiento[162], porque no se para en ella, porque mira hacia dentro, hacia el Otro y los otros. Y su gozo no depende de estados de ánimo, sino de algo más profundo. En el proceso doloroso de su vocación o de su enfermedad, siempre tiene con su madre la palabra oportuna para no preocuparla más y llenarla de gozo. Y esto mismo recomienda a sus amistades.

Para Isabel es esencial dar a conocer esta vocación para todas las personas que quieran acogerla: «¡Ah, querría poder decir a todas las almas qué fuentes de fortaleza, de paz y también de felicidad encontrarían si consintiesen en vivir en esta intimidad! Sólo que ellas no saben esperar. Si Dios no se comunica de una manera sensible, abandonan su santa presencia, y cuando Él viene a ellas con todos sus dones, no encuentra a nadie»[163]. Benedicto XVI ha querido dejarnos en su primera encíclica el mensaje de que “Dios es amor”. Y nos ha dicho que hoy hace falta “cristianos que sigan creyendo, a pesar de todas las incomprensiones y confusiones del mundo que les rodea, en la «bondad de Dios y su amor al hombre» (Tt 3, 4)”[164]. Continúa: “La fe nos muestra a Dios que nos ha dado a su Hijo y así suscita en nosotros la firme certeza de que realmente es verdad que Dios es amor” “La fe, que hace tomar conciencia del amor de Dios revelado en el corazón traspasado de Jesús en la cruz, suscita a su vez el amor. El amor es una luz —en el fondo la única— que ilumina constantemente a un mundo oscuro y nos da la fuerza para vivir y actuar. El amor es posible, y nosotros podemos ponerlo en práctica porque hemos sido creados a imagen de Dios. Vivir el amor y, así, llevar la luz de Dios al mundo: a esto quisiera invitar con esta Encíclica”[165].

Esta es la palabra de la Iglesia al mundo de hoy, y ésta es la palabra de Isabel: vivamos la fe en el “demasiado amor” de nuestro Dios que nos habita, en medio de los gozos y las dificultades de la vida “como si viéramos al Invisible”.

---

[1] Heb. 11,27

[2] *El cielo en la fe* [CF] 20. Isabel de la Trinidad. Obras completas. Editorial EDE 1986, Madrid. Siempre que haga cita de las obras de Sor Isabel, será siguiendo esta edición. La traducción de los textos bíblicos es la que usaba Sor Isabel.

[3] Heb. 12,1

[4] Ib. Ciertamente corrió, pues vivió profundamente su fe en tan sólo 26 años de vida. Ella misma lo afirmó reformulando en femenino la Palabra de Dios: «'Corro derecha a la meta, a la vocación a que me ha llamado Cristo Jesús' (Flp. 3, 8-10 y 12-14). Es decir no quiero otra cosa más que identificarme con Él: 'Mihi vivere Christus est', 'Cristo es mi vida' (Flp. 1,21)» CF 28.

[5] Heb 12,2

[6] “La fe se ha definido como: proyección humana alienante (Feuerbach), ideología opresora (Marx), dependencia enfermiza (Nietzsche), ilusión sin porvenir (Freud) o discurso inverificable (Russell)” Diccionario teológico de la vida Consagrada. Ediciones Paulinas, Madrid, 1987.

[7] Diccionario de pensamiento contemporáneo. Editorial San Pablo. Madrid, 1981.

[8] Ib.

[9] S. Juan de la Cruz expresa el camino de unión con Dios como vía teologal que comienza en la salida del alma “de sí y de sus cosas” al Otro por amor. Cf. CB 1,1

[10] Diccionario de la Lengua española. Editorial Espasa, 1992. Tomo I, 21ª edición.

[11] María Moliner. Diccionario de uso del español. Editorial Gredos. Madrid 1990. Tomo I.

[12] «Mi habitación es sencilla, pequeñita, - pero me gusta por su gran balcón, - pues veo desde allí a las carmelitas – y escucho su armonioso carillón» «Veó su bello y solitario jardín, - con sus árboles de siglos, - veo a veces a sencillas religiosas – trabajando en la huerta premurosas» Poesía 40 [P 40]

[13] Carta [C] 5

[14] Obras Completas de Sor Isabel. Bosquejo biográfico, página 534. En aquella época el ayuno eucarístico era muy riguroso y desde la medianoche de la víspera no se podía comer ni beber. Ella describe ese día en la P 47 al “aniversario de mi primera Comunión”.

[15] Cf. Camino de Perfección 28,10

[16] Isabel iba a formar parte de esta fundación ya desde el postulante. Pero finalmente, en consideración a su familia, no fue así.

[17] C 107

[18] Obras Completas Sor Isabel. Bosquejo biográfico, página 534.

[19] “En el cielo de nuestra alma. Sor Isabel de la Trinidad”. Autora: “una carmelita”. Editorial: Monte Carmelo. Burgos 1966. Página 22.

[20] En diversos poemas habla de esta relación con la naturaleza. P 14, 30, 59, 60, 61, 62, 63.

[21] Cinco proposiciones del jansenismo fueron condenadas por la Iglesia en la bula “Cum Occasione” el 31 de mayo de 1653 por el Papa Inocencio X (Cornelio Jansen había fallecido en 1638). Pero allí se mezclaron luchas político-religiosas y lo volvieron a condenar Alejandro VII (1656) y Clemente XI (1705)

[22] Por ejemplo en “La vida” «La vida se puede resumir así: muchos sufrimientos, muchas lágrimas, muchas ilusiones; la esperanza de una felicidad siempre esperada y nunca lograda. Y, sin embargo, nos apegamos a esta vida. ¡Se necesita ser necios! » *Diario* [D] 25

[23] Conclusión de la misión de 1899: «Después el Padre se ha despedido de nosotros. Yo derramaba ardientes lágrimas, y todos los que estaban cerca no se sentían menos conmovidos que yo. Esta despedida era tan emocionante... El Padre lloraba también» D 130

[24] Obras Sor Isabel. Introducción al *Diario* (Pág. 184). Así la describió el sacerdote Isidoro Angles: “Viva, ardiente, apasionada.. voluntariosa, fogosa”.

[25] D 21

[26] D 51

[27] D 52

[28] D 36

[29] D 37

[30] D 76

[31] D 84

[32] D 93

[33] Cf. D 89

[34] D 127

[35] D 13

[36] D 17. «O dad fin al mundo o poned fin a tan grandísimos males. ¡Dadme esta alma, la quiero para mi Jesús! ¿Es necesario que yo haya hecho tan pocas cosas por vos y que, vacías las manos, no pueda pedir os un favor, objeto de mis más ardientes deseos?» Sta Teresa dice: “O dad fin al mundo, o poned remedio en tan gravísimos males; que no hay corazón que lo sufra, aun de los que somos ruines” C 35,4 Ella habla de los luteranos, Isabel del Sr. Chapuis.

[37] Por ejemplo termina su diario con las palabras: «¡Que Isabel desaparezca, que no quede más que Jesús!» (D 156) Santa Teresita, narrando su primera Comunión, había escrito: “Teresa había desaparecido. Sólo quedaba Jesús” (*Historia de un alma* 35r)

[38] Ya antes de su entrada al Carmelo S. Pablo será determinante en su comprensión de la inhabitación trinitaria. Este es el testimonio del P. Vallée: “Ante esta niña, he sentido los momentos más dichosos de mi vida de Predicador. Se despertó en ella la contemplación bajo la palabra adorable de San Pablo. Se hubiera podido decir que una ola del fondo subía hasta su alma, sepultándola en Aquél que el Apóstol le revelaba tan magníficamente”. “En el cielo de nuestra Alma” Editorial Monte Carmelo, Buenos Aires 1966 página 36.

[39] Le define como “gran doctor del amor” C 274 y “alegría de mi alma” C 299

[40] Continúa “Me parece que este nombre indica una vocación particular” C 62

[41] Cf. CF 27

[42] “En el cielo de nuestra Alma” Pág. 36.

[43] «Mi Maestro... quiere habitar en mí, con el Padre y el Espíritu de amor, para que, según la expresión del discípulo amado, yo tenga ‘comunión’ con ellos» *Últimos Ejercicios* [UE] 43.

[44] CF 1

[45] S. Juan de la Cruz. Llama 1

[46] CF 5 Cf. Lc. 17,21

[47] Cf. CF 3 y 4.

[48] C 252

[49] CF 5 Se basa en S. Juan de la Cruz. Cuando ambos hablan de que Dios se comunica, en realidad dicen que “se nos comunica”, porque Dios no comunica otra cosa que a sí mismo y con él todos los bienes «Todo lo que Él es y todo lo que tiene» (CF 43; Cf. LI 4, 7)

[50] «‘En el cielo’ cada alma es una alabanza de gloria del Padre, del Verbo y del Espíritu Santo, porque cada alma está establecida en el puro amor» «Entonces ella le conoce, dice San Pablo, como ella es conocida de Él” CF 42 Habla de conocimiento de amor, no de conceptos.

[51] CF 16

[52] Cf. CE 40,3

[53] Así comienza sus UE Sor Isabel: «‘Nescivi’. ‘No supe nada más’ Esto es lo que canta ‘la esposa de los Cantares’ después de haber sido introducida en ‘la bodega interior’(Cf. CE 26,14 y ss)»

[54] Expresión de Santa Catalina de Sena.

[55] UE 5

[56] P 35 a Francia. En esta época en Francia la fe católica pasa por un momento de persecución. Muchos monasterios cierran, la misma comunidad de Isabel está a punto de ir al exilio y tiene cerrado el culto público un tiempo. No se descarta el martirio.

[57] A pesar de la atribución tradicional, hoy está claro que la llamada *carta a los Hebreos* no es de S. Pablo, pero esto no podía saberlo Isabel.

[58] CF 19

[59] Recordamos los sermones de los que ella tomaba nota. Cf. *Diario*

[60] *Grandeza de nuestra vocación* [GV] 11

[61] Cf. C 172 y 293 donde le piden algo extraordinario y responde: “no es ése mi estilo”.

[62] UE 10

[63] «ella será tal vez todavía más tuya que cuando ella vivía en las sombras de la fe» P 122

[64] CF 33

[65] “Será la alegría de sus queridos padres, pues un alma unida a Jesús es una sonrisa viviente que le irradia y le comunica” C 252 Cf. C 172

[66] UE 25

[67] Cf. UE 34 y 35.

[68] Cf. P 81 a Sta Germana. También sigue a S. Juan de la Cruz y San Pablo en sus enseñanzas al respecto.

[69] C 53 y C 298: verdadera joya, despedida de su hermana, testamento espiritual. Cuando el Maestro se oculta «avivo mi fe, y estoy contenta de no gozar de su presencia para contentarle con mi amor»

[70] También se lo dice Guita añadiendo: «Te ama hoy, como te amó ayer, como te amaré mañana. Incluso si le has ofendido» C 298

[71] C 249. Continúa pidiendo que crea en que es templo de Dios y que S. Pablo mismo se quejaba de su debilidad a Dios, lo que es consolador.

[72] GV 9

[73] UE 30; Cf. Col. 2,10, 12-15

[74] C 137

[75] C 165

[76] C 61

[77] *Nota Íntima* [NI] 13: “Ser esposa de Cristo”.

[78] “Historia de un alma” Cap IX 2v

[79] Comienzo de *Déjate amar* [DA]

[80] P 100 «Y Él te consagraba para ser sacerdote, el Sacrificador que me ofrezca al Amor»

[81] “Alabanza de gloria” Cf. Ef. 1, 12. Sobrenombre que se da Isabel desde finales de 1905 como vocación particular. Debería haber utilizado el nominativo en vez del acusativo de la Vulgata: “Laus gloriae”.

[82] P 121

[83] P 122

[84] Cf. P 122. C 294 compara su lecho con un altar y habla de la «obra de destrucción que siento en todo mi ser» reconociendo su debilidad. En la C 309 compara de nuevo su enfermedad con una misa.

[85] Cf. C 158 y 250

[86] CF 10 También C 264

[87] NI 14

[88] P 38, 15 de octubre de 1897 En la P 83 en 1902 que describe a la Carmelita, ya menciona exclusivamente actitudes interiores: alma entregada, llena de Dios, alma adorante... todo 'en las luces de la fe'. Isabel llega incluso a relativizar la clausura Cf. C 162.

[89] P 91

[90] Para el pueblo de Israel, el término misericordia y sinónimos como compasión, ternura, amor, derivan de la raíz hebrea "rjm" (rejem y rajam) que significa: "matriz, útero, seno materno" que expresan por lo tanto el amor maternal de Dios. Aunque el NT está escrito en griego, utiliza sus equivalentes y, por ejemplo, en la carta a los Hebreos 2, 17 cuando dice "sumo sacerdote misericordioso y fiel", ese es el tipo de misericordia al que se refiere. Dios creador es Padre y Madre. Así Isabel entronca con la fe del AT y también se adelanta a Juan Pablo I que declaró en 1978: "Dios es Padre, mejor aún, es Madre".

[91] CF 34 Hay innumerables citas de Dios-Madre en Isabel. Cf. Cartas 169, 172, 175, 186, 222, 224, 225, 231, etc.

[92] C 46

[93] C 89

[94] P 93. (Cf. 1Jn 4,16) En ella Isabel da todo un programa de vida espiritual a su hermana casada. El mismo mensaje le da en la C 269. En la P 95 se lo dirá también a una hermana de comunidad.

[95] C 296

[96] UE 11

[97] CF 18

[98] Cf. D 141

[99] Cf. D 33

[100] Cf. D 103

[101] Está extractando de nuevo, en este caso de Ruysbroec, pero hace tuyas estas palabras.

[102] CF 35

[103] Pues Dios está y es la verdad. Ver nota siguiente.

[104] GV 4 "Humildad es andar en verdad" Sta Teresa VI M 10,7

[105] UE 15

[106] Ib.

[107] UE 31

[108] DA 6

[109] Cf. UE 16

[110] CF 30

[111] En la P 55 en 1898 dice «yo como víctima me ofrezco a imitación del Divino Salvador»

[112] Cf. nota 73

[113] Cf. S. Juan de la Cruz CB 1,1

[114] P 122

[115] C 236 En esa misma carta Isabel reconoce lo que le costó el paso de dejar su familia para entrar al convento. Entonces no lo dio a entender por no hacerles sufrir. Fue un acto de fe de madre e hija.

[116] NI 15

[117] Ver nota 7

[118] Lc 1,45

[119] Lc 11,28

[120] “La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, no dejando de tomar de la mesa y de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo, sobre todo en la Sagrada Liturgia. Siempre las ha considerado y considera, juntamente con la Sagrada Tradición, como la regla suprema de su fe, puesto que, inspiradas por Dios y escritas de una vez para siempre, comunican inmutablemente la palabra del mismo Dios, y hacen resonar la voz del Espíritu Santo en las palabras de los Profetas y de los Apóstoles”. Dei Verbum 21

[121] Dice S. Juan de la Cruz: “Pero ya que está fundada la fe en Cristo y manifiesta la ley evangélica en esta era de gracia, no hay para qué preguntarle de aquella manera, ni para qué él hable ya ni responda como entonces. Porque en darnos, como nos dio a su Hijo, que es una Palabra suya, que no tiene otra, todo nos lo habló junto y de una vez en esta sola Palabra, y no tiene más que hablar” 2S 22,3

[122] S. Juan de la Cruz CB 15

[123] El día 15º de sus UE es la única excepción en la que habla de la Virgen comenzando así: «Después de Jesucristo, y con la distancia que hay de lo infinito a lo finito» pero ya en la segunda frase escribe: «Ella respondió plenamente a la elección divina de que habla el Apóstol; ella fue siempre ‘pura, inmaculada, irreprochable’ (Col. 1,22)»

[124] Así las cartas 301, 330 y 333 sobre que “Dios es amor”; 294, 306 y 335 sobre Dios como “fuego consumidor” (Isabel siente un fuego que la consume, es la enfermedad; pero ella mira con fe en ella la acción amorosa de Dios); 303 y 304 “Para mí la vida es Cristo”; la 278 sobre la Trinidad o la 316 tomando el “ahí tienes a tu madre” (para su priora), etc. Son palabras clave que está haciendo vida en ella y quiere transmitir a sus seres más queridos.

[125] P 119 y C 209

[126] CF 28

[127] GV 10. Reformula a Col. 2, 6-7 También lo vuelve a decir en femenino en sus UE 32 y en otras ocasiones, como por ejemplo “no me ha dejado sola” UE 38

[128] Enraizarse en la fe, es hacerlo en el amor. Así lo dice la carta a los Efesios 3, 16-17 y copia Isabel en sus UE 20

[129] Ib. «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado por mí (Gal. 2,20)»

[130] Jn. 21,15

[131] DA 2

[132] Cf. V 22 y VI M 7 en Sta Teresa y 2S 7 y 22 en S. Juan de la Cruz.

[133] Las citas, de nuevo, son muchísimas. Ejemplos: CF 12, 28; GV 11; UE, 16; P 75; C 49, 73, 214, 224, 250, 294, etc.

[134] «Como la de Él su oración fue siempre: 'Ecce, ¡heme aquí!' ¿Quién? '¡La sierva del Señor!' (Lc. 1,39) » UE 40

[135] CF 39

[136] CF 40 Cf. UE 40-41

[137] «La Virgen está todavía allí, para enseñarme a sufrir como Él» UE 42

[138] Cf. Marialis Cultus 16-23

[139] UE 2

[140] C 329

[141] GV 7

[142] "La doctrina espiritual de Sor Isabel de la Trinidad" M. M. Philipon. Ediciones Desclée, Buenos Aires 1948, 4ª edición. Pág. 59

[143] C 206

[144] C 296; Cf. C 295

[145] Cf. Obras Completas de Sor Isabel. C 329 nota N° 2 Un día su priora se retiraba de la habitación tras una serena conversación. Isabel señaló la ventana y le preguntó si quedaba tranquila de dejarle así. Ante la sorpresa de la Madre confesó: « Sufro tanto que comprendo ahora el suicidio. Pero esté tranquila. Dios está aquí. Él me guarda»

[146] Cf. C 295

[147] C 249

[148] Que entonces sólo se administraba a los moribundos

[149] C 266

[150] C 313

[151] C 333

[152] CF 24

[153] Por ejemplo cambia la palabra "Esposo" por "Maestro" refiriéndose a Cristo en CF 17

[154] C 91

[155] C 183

[156] «El alma revestida de Jesucristo no tiene que temer las relaciones de fuera ni las dificultades de dentro, porque estas cosas, lejos de ser para ella un



obstáculo, no sirven más que para ‘enraizarla más profundamente en el amor’ de su Maestro» UE 33

[157] CF 44

[158] UE 8

[159] GV 8

[160] C 129

[161] C 273

[162] «Francisca, mi felicidad crece en proporción con mi sufrimiento. ¡Si supieras qué dulzura se encuentra en el fondo del cáliz preparado por el Padre del cielo!» GV 13

[163] C 302

[164] Encíclica “Dios es amor” 38

[165] Ib. 39